

DE LA PINTURA MODERNA EN MEXICO

Diego Rivera

Las obras picturales de Diego Rivera han provocado en México discusiones y acaloramientos inusitados. Para unos, los más ilustres y autorizados críticos de pintura, Diego Rivera es el pintor máximo mexicano. Otros, los misoneístas que se resisten a la invasión de técnicas nuevas, los clasicantes arcaicos, en una palabra, el reaccionarismo artístico, lo consideran un audaz impostor. El siguiente artículo de mera información, no tiene otro fin que dar una idea personal sobre la técnica y obra del originalísimo pintor mexicano. Así sea.

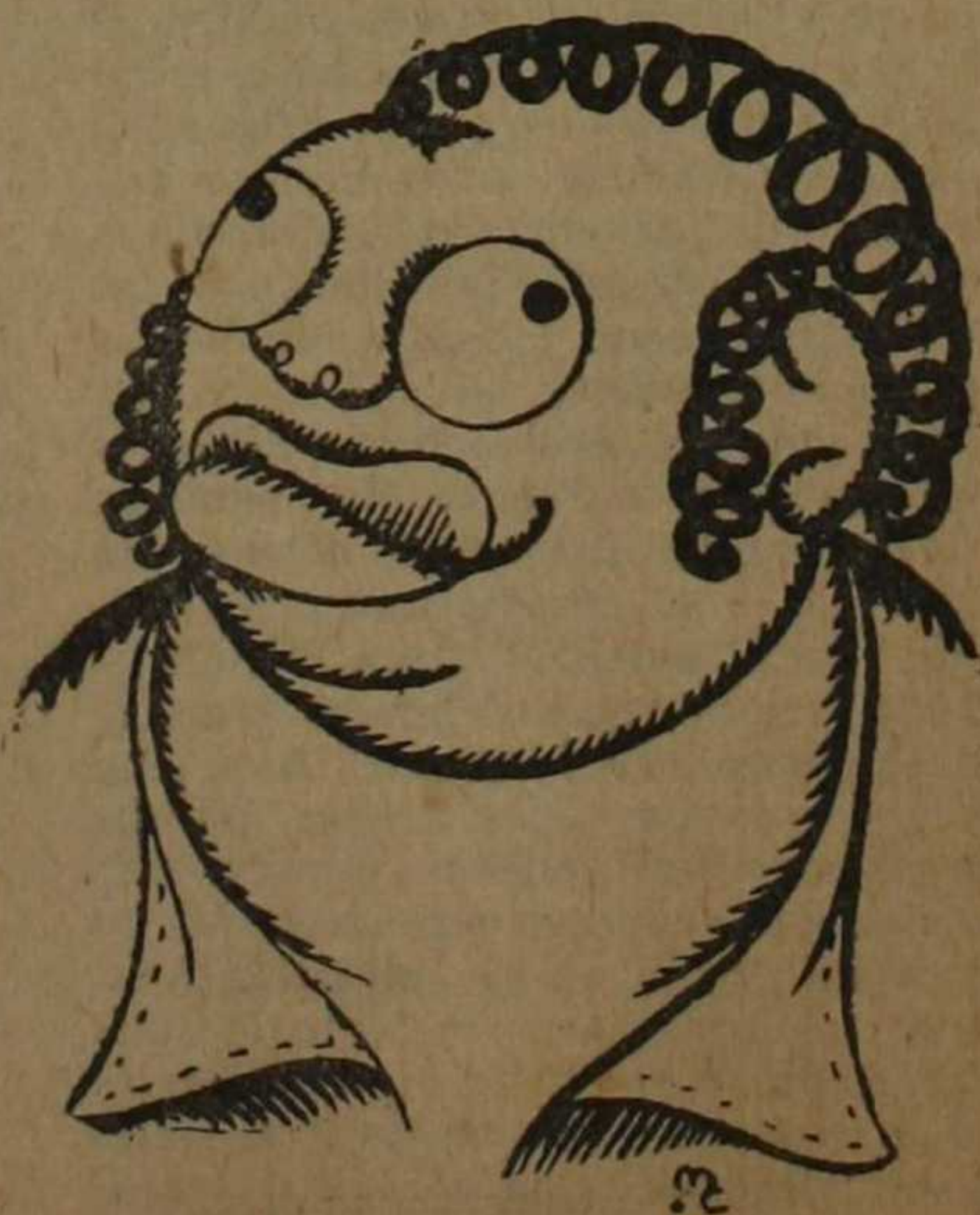
Pocos nombres han suscitado en últimos tiempos, críticas y apreciaciones más encontradas, acerbadas y laudatorias, que el de este pintor mexicano, a quien la Secretaría de Educación ha encomendado la decoración de los muros (1) de la Escuela Nacional Preparatoria y del nuevo edificio que ocupa en la gran capital azteca.

La pintura arquitectural traída por Diego Rivera no es, en rigurosa lógica, una genuina innovación. Sus orígenes pueden encontrarse en los «primitivos» decoradores e «imaginantes» de la Edad Media, en las suntuarias decoraciones que dejó esparcidas en las penumbrosas catedrales y en las galerías de los conventos, el arte católico de las primeras épocas de la colonia. La crudeza, la violencia de los colores, de un exasperado misticismo; lo abigarrado de los conjuntos, ayunos de perspectiva aérea y de graduación en los tonos; la fiereza bárbara de los perfiles y siluetas; todo habla de un fervor paciente, mas indómito a las disciplinas de la pintura clásica. Y es que el artista imbuido en la idea o escena que flotaba en su imaginación no cuidó de la realidad, o no quiso sacrificarse a la justeza del colorido o de la forma. Pero he aquí que es este su mayor mérito, potencialidad y grandeza en la expresión de sus sentimientos, sellados sobre el lienzo con la fuerza de su ingenuidad primitiva.

Mas, conviene hacer la advertencia de que en cuanto a la estilización de figuras humanas y de objetos, el pintor mexicano sí ha logrado una originalidad manifiesta, innegable. A este respecto puede decirse, en términos generales, que el primitivismo de Diego Rivera, se basa en una nueva concepción

pictural, en la que el artista no considera la pintura como una vana representación de planos o colores de una naturaleza inerte. Su pintura es ideal, simbólica, y no está limitada por estrechos realismos; antes bien, es la libre manifestación de un pensamiento o de un sentir especial que busca por encima de la finalidad puramente artística, el logro de una idea educativa social. Se quiere suprimir, siguiendo este procedimiento, toda falsa técnica que estorbe o deforme a la sincera y espontánea expresión con que el artista debe hablar al pueblo, de sus propios dolores, del amor que le inspiran sus cosas, de su miseria actual, empleando para ello los medios representativos de la pintura—símbolos simples y no otra cosa—que le expongan, claramente, pensamientos, axiomas, apotegmas, que puedan ser un auxilio, una luz en la lobreguez de su ignorancia.

Las líneas rudas, los perfiles hirientes, la torva actitud de los ojos, la dolorosa contracción del gesto, y lo dramático de los ademanes, en todas las pinturas que decoran los edificios antes citados, revelan ese pensamiento inicial, el que ha de traducirse en una educación gráfica, de un arte popular en el que el artista tiene el genial desinterés de sacrificar la belleza de «factura» que la tradición y la severidad artística le imponen. Su espíritu ha de darse en formas amplias, de una sinceridad elocuente a la que han de



DIEGO RIVERA

(Visto por MIGUEL COVARRUBIAS).

posponerse sutilidades escolásticas, o exquisiteces individuales.

En cuanto al valor decorativo de esta pintura emocional, puede ser muy discutible, pero en modo alguno vituperable. Siempre se ha querido, en arte, expresar la concepción más alta y luminosa de los temperamentos individuales; hoy se quiere educar, realizar algo que es parte de la conciencia colectiva, algo que está en el dolor, en la fatiga, en la diaria angustia de los que sufren, de los que lloran. Y es necesario no ver nuestro dolor particular, es necesario el supremo sacrificio de las formas egoístas por la expresión sin limitaciones de lo que está en la sangre, en la entraña trágica del pueblo, del indio, del vasallo agobiado y dolorido, en la inquietud y en la pena del alma materna de una raza vencida y olvidada.

Y Diego Rivera, con fidelidad patética, con sencillez conmovedora, emplea en este juego dramático, síntesis de un sentimiento libre aunque no exento de religiosidad, esa expresión simplista y fuerte de lo que hay de dolor en las faenas del campo, del taller, de la honda mina. Y ha logrado la victoria. Ante sus realizaciones se siente ese soplo místico—tenebrosa zozobra—que inspiran, en otro rumbo de la emoción, los aguas fuertes de un Durero, de un Goya. Ha buscado y ha encontrado el fondo de desnudez, de gris-desolado, de inquietud mortal en el que se mueve el indio, la raza escarnecida. Nadie como él ha visto y expresado su gesto, su dolor de vencido; ningún otro artista sorprendió mejor la escena campesina, en sus escenarios bárbaros; ni comprendió su fatalismo, su obsesionante resignación, su vida cruel, su extenuada fatiga. Y en los frescos y cuadros al temple de Diego Rivera, está ese indio americano que, a lo largo del continente, aun sospecha en su derredor a los encomenderos, a los hombres blancos, codiciosos, que destruyeron sus ciudades y derribaron su poderío.

Y este es un noble sacrificio: no pintar para los doctos a quienes ha de pedirse un juicio o un elogio; trabajar, sufrir la maternidad artística, más para quienes hasta ahora no han merecido otra cosa que imposiciones tiránicas o despiadadas explotaciones. Es el arte para el pueblo, para la oscura masa humana, carne de trabajo y de dolor, que desfila, con ojos de asombro, bajo el sol colérico, en las amplias avenidas de la cosmópolis. Arte social enunciador de una cruzada redentora por la figura, por el color, por la expresión gráfica. Ya no es sólo enseñar a leer, es mostrar la vida en sus manifestaciones más

(1) Véanse grabados de estas decoraciones en el REPERTORIO N° 3 del tomo en curso.